

Discurso para nostálgicos

Hasta hace poco -grosso modo hasta 1974- las calles de Montevideo ofrecían al visitante aficionado a los autos antiguos -**vintage cars** como los llaman los norteamericanos, autos **cuvée antique**, podría decirse asimismo- un espectáculo apasionante. Ahora ya no: el parque automotor se ha renovado en considerable proporción. Con las ideas, particularmente las de los políticos de izquierda, no ha ocurrido otro tanto. La campaña electoral en curso ofrece a los nostálgicos mucho de interés.

Estoy sentado delante del televisor, una de estas noches. Un candidato de un grupo de izquierda -de cuya coalición no quiero acordarme- está siendo entrevistado. Se expresa con soltura y precisión, incluso con elegancia. Obviamente se trata de un intelectual. Al mismo tiempo, en tanto toca, siquiera tangencialmente, el tema económico, sus conceptos pertenecen a una **cuvée** notablemente añeja. Le oigo, por ejemplo, sostener las siguientes tesis: (1) Se opone a un tratamiento de choque contra la inflación, en razón del "costo social" que ello implica, como la campaña de 1968 demostró. (2) La inflación actual, por otra parte, no es demasiado grave, ni ha escapado de control. (3) Convendría bajarla, pero eso podría lograrse mediante un acuerdo social. (4) Gobernar no se reduce a manejar la economía, hay tantas otras cosas importantes. (5) El presente gobierno pertenece a la orientación neoliberal.

Permitaseme empezar por el final, y hacerlo con una di-

gresión. Quiero confesar una cosa: cada vez que oigo de boca de un político uruguayo la palabra **neoliberal**, y hay pocas que con mayor frecuencia integren las baterías de invectivas de muchos de ellos, me entra una terrible duda en cuanto a si el que la pronuncia sabrá o no qué podrá ella significar. Más específicamente, me pregunto: el prefijo **neo** ¿por qué invariablemente precederá a la vieja palabra **liberal**, tanto más clara de significado? Es como si el dicente pretendiera ser también él liberal, sólo que **paleoliberal**, porque los **neos** son liberales sólo en economía, y los **páleos** sólo en política. O como si **neo** quisiera decir en este contexto **pseudo**, y denotara un liberalismo espurio. ¿Cuántos de los que usan el vocablo conocen los nombres que presumiblemente habría que incluir entre los fundadores de la escuela? ¿Cuántos saben que León Walras, uno de los dos pilares fundamentales de la ortodoxia **neoclásica** -a la que presumo alude el epíteto **neoliberal**- era socialista, y el restante, Alfred Marshall, votante del **laborismo** británico? ¿Y por qué habría de ser de otra manera? Cuando se sale del marxismo-leninismo, ¿por qué se apegaría nadie a la planificación central, y por qué nadie, ni de izquierda ni de derecha, renegaría de los principios que, según la ciencia económica enseña, son los cimientos de la eficiencia? ¿Por qué sería preferible dis-

poner, para los fines que fuere, de menos bienes en lugar de más?

A veces pienso que la voz **neoliberal** es un mero sonido, sin contenido semántico, algo así como una interjección, que debe interpretarse como expresión de nostalgia por la pérdida del viejo dirigismo vernáculo. ¡Qué divertida la tarea de gobernar en aquellos tiempos! El azar me puso días atrás en contacto con un decreto de 1949, dedicado a fijar el precio de la uva. Este precio, decía un considerando, "... **no puede ser inferior a cierto nivel mínimo resultante de la conveniencia de proporcionar al viticultor un margen de beneficio razonable acorde con sus legítimas aspiraciones de mejoramiento en sus condiciones de convivencia que sirva de estímulo a su esfuerzo.**"

¿Verdad que suena bien? Pero es algo terminado, concluido, agotado. Pertenecía a una época en que las reservas sobreabundaban, la deuda externa no existía, los costos podían ignorarse, y los políticos aseguraban que los países no se fundían, hicieran lo que hicieran sus gobernantes. Esta época de inocencia finiquitó, y con ella su género especial de dirigismo. Pero, ¿lo sabrán todos los que hoy día actúan en política?

Los que se desviven por marcar su oposición al **neoliberalismo**, ¿con quién o quiénes se identificarán? ¿Con Alfonsín? ¿Con Alan García? Ciertamente éstos no son

neoliberales, sea cual fuere el sentido con que se entienda este vocablo; pero al mismo tiempo son paradigmas de fracaso, arquetipos de gobernantes destructores del bienestar de sus gobernados. Y ¿a quiénes querrán mostrarse en oposición los que abjuran del neoliberalismo? No ciertamente a Felipe González, ni a Bettino Craxi, ni a Carlos Andrés Pérez de la segunda época, ni al Paz Estenssoro del combate de choque contra la inflación, ni a los laboristas neozelandeses y australianos. Claramente a ninguno de ellos, claramente a ningún social demócrata que sea auténticamente del tiempo actual. En un contexto muy a propósito, Felipe González, una vez que nos visitaba, afirmó aquello de que "se puede ser de izquierda o de derecha, lo que no se puede es ser tonto". ¿Le daría al líder socialista español mucho trabajo repetirlo? Me temo que cuando lo dijo por primera vez muchos estaban distraídos.

Sin ocuparme de la total inconsistencia de acusar de económicamente ortodoxo al gobierno actual, cosignatario de la CONAPRO, sociali-

zador de las pérdidas de gran número de deudores de todos los sectores, privatizador ni desregulador de nada, especialista en salvataje de bancos, etcétera, etcétera, paso a referirme a las cuatro primeras tesis que mencioné al comienzo, a las primeras tres de ellas, que se refieren todas a la inflación, de manera conjunta.

Tomemos, para empezar, la proposición que dice que la inflación que padecemos no es demasiado grave, y que no ha escapado al control del gobierno. Esto último es incomprensible. El incremento de los precios en 1987 fue del 57% y las autoridades fijaron una meta de 45% para 1988. En ese año la tasa fue del 69%. En 1989 los precios se dirigen hacia una marca del orden del 90%. Si esto no configura un caso de una inflación semejante a un caballo desbocado, y si el gobierno no luce como el jinete cuya única preocupación es no caer de cabeza, entonces la única hipótesis alternativa es que el gobierno está tratando de evitar que el Partido Colorado gane las próximas elecciones, cometiendo abierto sabotaje. ¿Cómo alguien puede decir que la cuarta o quinta inflación del mundo entero no es grave, es algo que no resulta

(pasa a pág. 45)

Nueva sede de "Búsqueda"

Desde hace más de un mes, la administración y redacción de **Búsqueda** cuentan con nueva sede: Avda. Uruguay 1146, esquina Rondeau, teléfonos 92 13 00, 92 13 56, 92 13 65, 92 13 88, 90 64 35, 90 63 76, 90 56 64 y 90 63 37. Todas estas líneas ya han sido habilitadas.

Discurso para nostálgicos

(viene de pág. 2)

fácil de entender. Mucho menos si quien lo dice se considera un opositor.

La idea de un acuerdo social para frenar la inflación fue manejada en los años 60 en un contexto keynesiano que ponía la responsabilidad por la inflación en el ascenso de los salarios, curva de Phillips mediante, sin intervención del dinero. Hoy en día es una teoría tan obsoleta como la geocéntrico-ptolemaica. A todos los que se sientan con tentación de pensar en curar la inflación con un acuerdo social les recomiendo este ejercicio. Imaginen que se ha llegado a un acuerdo tan perfecto como se desee para evitar que los trabajadores soliciten aumentos y los empresarios remarquen las mercancías. Pero, como es obvio, sin que el déficit fiscal actual, del orden de 5 puntos del PBI, haya experimentado una sustancial rebaja. Si el contrato social es por sí mismo eficaz para parar la inflación sería inútil

que el gobierno siguiera endeudando al país como hasta ahora para limitar la emisión. Lo sensato sería emitir para cubrir todo el déficit, y ello llevaría a aumentar la emisión en cosa de 133% al año. La idea de que el acuerdo social—por hipótesis perfecta—podría contener la inflación implicaría que los agentes económicos—empresas y consumidores, usted y yo—estarían (estaríamos) dispuestos a más que doblar la cantidad de dinero, en términos reales, que mantenemos por término medio. La hipótesis de que los agentes económicos estarían dispuestos a financiar el déficit conservando cantidades ilimitadamente crecientes de liquidez es tan absurda como la que más.

El **costo social**—en el sentido usual de esta locución que técnicamente quiere decir otra cosa—lo está causando ya la aceleración de la inflación operada en 1988, a la que es imposible negar una parte importante de la responsabilidad por la detención

del crecimiento operado en 1986-87. Pienso que la experiencia mundial demuestra que la reacción del aparato real a la contención súbita de una **gran inflación** (por oposición a la reducción gradualista de una inflación mediana o pequeña) es por lo general a la vez muy positiva y muy rápida, y ningún ejemplo más a mano para nosotros que la campaña de choque en 1968, que condujo a los dos años de mayor crecimiento de la historia registrada del producto nacional hasta entonces, a una mejora sustancial del nivel de empleo, a una mejora del nivel de reservas internacionales, y a uno de los períodos de mayor crecimiento del salario real en este país. Si alguien invoca aquella experiencia para justificar el rechazo del tratamiento de choque, necesariamente tiene que cerrar deliberadamente los ojos a los números respectivos.

Finalmente, refirámonos a la tesis (4): gobernar no es

sólo ocuparse de economía. Siempre que un gobierno está manejando recursos escasos, está ocupándose de economía. Y esto cubre la enorme mayoría de la actuación gubernamental. Cuando Churchill dijo su discurso de "sangre, sudor y lágrimas" influyó sobre el resultado de la guerra sin consumir recursos escasos, pero cuando los ingleses decidieron producir el **spitfire** sí estaban ocupándose de economía por más que su finalidad no fuera económica. Toda la política social tiene consecuencias económicas, y cuando no se las tiene presentes, el resultado suele ser antagónico al que la política se propuso. A su vez, todo uso de recursos escasos implica un costo, por más que los políticos tengan gran talento para ocultarlo.

Se sobreentiende, ocultarlo en el cortísimo plazo. A la larga, alguien siempre lleva la cuenta de los costos, y un día, ineluctablemente, llama a la puerta para exigir el pago.

—¿Las Fuerzas Armadas españolas pusieron condi-

los mismos, lo que queda probado cuando vota al Partido Socialista.

la mesa, se e
vantan, termin
de la mañana.
discutía a ti
discute con p
—¿A usted
que le llame
zando un té
empleaba
mo una acu
—Mi liber
que yo adm
en que yo
siempre ten
no quiero qu
—¿Cree
hay liberales
—No, no.
los hay. Lo
hay unos
centrados
otros me
momento
política d
definir m
liberal o
conserva
rechazo
también
—Por
la conf
acuerd
tares p
de seg
—Lo
Nosotr
tenem
seguri
import
y la Po
forme